

Jorge Riechmann, *UN BUEN ENCAJE EN LOS ECOSISTEMAS. SEGUNDA EDICIÓN (REVISADA) DE BIOMÍMESIS*. Los libros de la Catarata, Madrid, 2014, (383 pp.), ISBN: 978-84-8319-886-5

Javier García López¹

Universidad a Distancia de Madrid

Jorge Riechmann es profesor titular de Filosofía Moral en la Universidad Autónoma de Madrid, poeta, traductor literario y ensayista. Presenta una prolífica actividad científica, literaria y social, sustentada en los pilares de la ecología, la política y la ética, tratados desde una perspectiva ecosocialista. Desde 2013 es coordinador del Grupo de Investigación Transdisciplinar sobre Transiciones Socioecológicas. Su último trabajo publicado es *Un buen encaje en los ecosistemas*, la segunda edición actualizada de *Biomímesis*, obra cuya primera edición salió a la luz en 2006 y que aglutina una serie de ensayos que llaman la atención principalmente sobre la crisis ecológica global y sobre las relaciones sociales desequilibradas que genera.

El libro que presentamos es fundamentalmente un acto de compromiso con la biosfera y con la sociedad, a la vez que un alarido por la vida plena. Las pésimas condiciones ecológicas en las que nos movemos actualmente dan lugar a cinco problemas determinantes: un problema de escala (hemos saturado el espacio ecológico), un problema de diseño (buena parte de los sistemas humanos encajan mal en los sistemas naturales), un problema de eficiencia (el uso de energía y materiales es ineficiente), un problema fáustico (no existe un control cauto en el sistema tecnocientífico) y un problema de igualdad social (el capitalismo genera una desigualdad social creciente). Tomando como punto de partida este contexto, Riechmann plasma su actividad intelectual en una serie de ensayos bien conectados por medio de quince capítulos apasionantes centrados en la crítica al modelo actual, en la propuesta de reformas radicales viables y en la reflexión estética y ética que abre la posibilidad de realización de una vida buena apoyada en la idea de autocontención y respeto a los límites que impone la naturaleza.

Las relaciones con nuestro entorno natural y con los demás individuos están deformadas por las nociones de progreso y abundancia, que se materializan en actividades autodestructivas que nos abocan al colapso de civilización y hacia un gran empobrecimiento de la biosfera. La naturaleza no consigue digerir los comportamientos humanos acumulados hasta la actualidad y estamos quizá abocados a que la biosfera nos vomite, transformados en desechos terminales en un ambiente fétido e inhóspito. Vivimos en

¹ javier.garcia@udima.es

un "mundo lleno" (vale decir, saturado en lo que a espacio ambiental se refiere). Frente a esta situación, ¿qué podemos hacer? ¿Existe salida aún? Riechmann, apoyado en un número abundante de referencias científicas, sociológicas y filosóficas, asegura que el cambio de rumbo es posible y obligado. Porque la huella ecológica no tiene retroceso, pero sí es posible parar la dinámica. En esta situación, la hipótesis de la abundancia es indefendible, tanto en la esfera científico-teórica como en la esfera práctica. Las sociedades humanas no pueden soslayar las limitaciones naturales y, por ello, la teoría social debe convertirse en teoría socioecológica, ya que la relación entre naturaleza y sociedad es inseparable. Dicho de otro modo, la crisis ecológica es crisis sociocultural. Y precisamente por esta razón el cambio de sentido es viable, porque está en nuestras manos, en nuestra reflexión. Como explica Riechmann, "los problemas ambientales, lejos de reclamar principalmente soluciones tecnológicas, lo que exigen sobre todo es una reconstrucción de la socialidad humana" (p. 22).

Nuestra actividad responsable debe comenzar por rediseñar la tecnosfera. Debemos cambiar los modos de comportarnos como ciudadanos, nuestras redes de transporte y comunicación, nuestros cultivos, la manera de consumir las fuentes de energía, las formas de relación social y de relación con la ecosfera. El autor plantea que la solución es ir a las causas y no quedarse en el análisis de efectos: "mucho más termodinámica y ecología, y en cambio –a cambio- mucha menos gestión de la contaminación o tratamiento de residuos" (p. 73). En la búsqueda del remedio, por tanto, de las causas, Riechmann propone la "gestión global de la demanda, la ecoeficiencia y la biomímesis" como "la clave de bóveda económico-ecológica para vivir bien, durablemente, en un mundo lleno" (p. 80).

En un primer término, lo que se necesita es gestionar la demanda (ya que la tecnosfera no puede ser eliminada, puesto que alguna variante de la misma es inherente a la existencia humana). No podemos seguir midiendo el éxito económico de los países en términos de crecimiento del PIB, una magnitud calculada tendenciosamente por parte de los gobernantes para el regocijo de las empresas hegemónicas. Tampoco son suficientes otros índices sintéticos que condensan la información en unos pocos valores. Hay que abandonar la obsesión productivista. Ponerle freno al crecimiento no tiene que significar vivir peor. No obstante, lo importante es contener la demanda de bienes y servicios con el objetivo de detener el consumo de energía y materiales, pues hemos sobrepasado importantes límites biofísicos del planeta. Y todo ello solo puede llevarse a cabo de una manera global y organizada, reinventando lo colectivo. ¿Necesitamos individualmente una lavadora? ¿O basta con lavadoras comunitarias más eficientes y mejor empleadas?

En un segundo plano, es imprescindible atender a la ecoeficiencia y, sobre todo, a la noción de metabolismo. Hacer más con menos (eficiencia) es importante, aunque secundario. Lo verdaderamente primordial es atender al metabolismo entre humanidad y naturaleza, a las relaciones de intercambio de materia y energía entre individuos y biosfera que deben guiarse por la autocontención. Cuando las sociedades capitalistas ponen en marcha el engranaje de producción y consumo, los bienes producidos conllevan producción de males, como argumenta el autor. En esta trama, aflora la idea de "producción conjunta", asociada a las dos primeras leyes de la termodinámica, y que nos habla de que todo recurso es el origen del residuo. De modo que debemos privilegiar las actividades de relación social y rechazar determinadas actividades de consumo de bienes materiales en el actual contexto de mercantilización creciente, ya que hemos de economizar, y en muchos casos reemplazar, cualquier recurso extraído de la naturaleza. Como propone Riechmann, no se trata de levitar sobre la tierra, sino de caminar suavemente por ella. Necesitamos definitivamente una cultura de la suficiencia. Solo de ese modo podemos llegar a la sustentabilidad, a la justa medida.

En tercer lugar, el autor propone el creativo término de *biomímesis*, vale decir, imitar a la naturaleza, producir como produce la naturaleza. Dicho de otro modo, la economía humana debe imitar la "economía natural" de los ecosistemas para completar la sustentabilidad del planeta y dar lugar a la ecología industrial, la ecología urbana, la ecoarquitectura, los agrosistemas, la química verde y la biotecnología compatible

con el ambiente. Se trata, en definitiva, de que nuestros sistemas humanos encajen en los ecosistemas, de que nuestras actividades sociales y culturales configuren una armonía simbiótica con la naturaleza como lo hacen las notas musicales entre sí en una sinfonía. Este proceso biomimético debe seguir seis principios: homeostasis (ese equilibrio desequilibrado que posibilita la creación de estados estacionarios o cuasi-estacionarios), vivir de la energía del sol, cerrar los ciclos de materiales (todo debe ser reciclable o biodegradable), no transportar demasiado lejos los materiales, evitar los xenobióticos (productos químicos y orgánicos artificiales que resultan extraños para la naturaleza) y respetar la diversidad (respetar las singularidades regionales, materiales y ecológicas de cada lugar). Con el afán de esclarecer el asunto y proponer opciones prácticas, el autor llega a plantear unos objetivos cuantitativos de autolimitación. A saber: reducir un 50% el uso de energía no renovable, reducir un 50% el uso de materiales y la autolimitación en el uso de la tierra al 50%.

Pero casi todas las acciones propuestas son incompatibles con el capitalismo. En este sentido, el objetivo capitalista no es crear valores de uso para satisfacer necesidades, sino generar "valorización del capital" o crear valor de cambio. Esta situación, que trasciende las necesidades humanas, se traduce en automatismos que desconocen cualquier clase de límites. Si se detiene la maquinaria de forja de deseos de consumo, el capitalismo se puede desmoronar, porque el capitalismo es un sistema "intrínsecamente expansivo". El planteamiento que propone el autor es el de producción ecosocialista, donde se dé privilegio al alumbramiento de valores de uso para satisfacer necesidades humanas de carácter básico. "Estamos hablando entonces en términos de revolución: transformación radical de las formas de producción y consumo, y revolución cultural en el ámbito de los valores y los deseos" (p. 240). Y aquí tampoco cae el autor en el uso de tópicos para argumentar su postura, al no identificar capitalismo con economía de mercado y no apostar por el "capitalismo natural" (incremento de la productividad de recursos naturales, venta de servicios en lugar de productos e inversión en capital natural) como única vía realizable. Las economías de mercado no capitalistas son posibles con la propiedad pública de los medios de producción, no primando la acumulación de capital como motor principal, con decisiones públicas sobre la inversión a largo plazo, con mercados no competitivos. En esta esfera hay que insistir en que se puede hacer más con menos mirando a la naturaleza (el autor analiza los ejemplos de empresas de producción limpia, como la suiza Röhner Textil o la danesa Kalundborg), pero lo esencial es hacer menos.

Los cambios requeridos son, por consiguiente, estructurales. La tarea no puede quedar en manos de las instituciones privadas dominantes y se requiere la participación de ciudadanos y ciudadanas, materializada en lucha social; aunque el cambio debe calar en todos los agentes económicos a nivel micro y macro. La perspectiva se fundamenta en "ecologizar" la economía, en no considerar el trabajo y la naturaleza como mercancías y construir barreras frente al librecambio y al poder del capital. "Tomarnos en serio la ecología implica la necesidad de transformar la política entera (y por tanto también la política socialista, comunista o anarquista): redefinir las categorías con que interpretamos la realidad, cambiar las prácticas con que intentamos transformarla" (p. 274).

Frente al desasosiego al que da lugar el análisis de nuestras experiencias contemporáneas y de nuestras relaciones con la naturaleza, hay que esperar lo inesperado, plantearnos que la vida con plenitud y mesura no es solo imaginable, también es posible. Así que "necesitamos ser heraclítetos para sobrevivir [...] y epicúreos para vivir bien, más allá de la mera supervivencia" (p. 305). Un ecologismo epicúreo condensaría bien los aportes de Riechmann sobre el materialismo ecológico: reflexión sobre las necesidades, autocontrol y limitación; pensar la amistad en contextos de cooperación; cultivar la vida interior.

Un buen encaje en los ecosistemas muestra lúcidamente multitud de experiencias que nos abocan al colapso y, precisamente al ponerlas de relieve, fija las sendas que pueden guiarnos hacia la salvación del planeta y la vida buena. Ante la descripción de un mundo malthusiano y el dibujo de otro hobbesiano hacia el que nos encaminamos, Riechmann no escatima en ofrecer recetas (en el sentido estricto del término,

en tanto que procedimientos adecuados para hacer algo) para que la humanidad adapte sus conductas a los límites que impone la naturaleza, asumiendo la vereda posible del amor, la plenitud y la belleza, sin caer en cursiladas o ideas relamidas. Todos los datos aportados muestran que vamos hacia un "ecocidio" (el suicidio por la vía de la destrucción de la naturaleza). Está justificado hablar de "retroprogreso". Frente a esa dinámica contraproduktiva se trataría de vivir más lentamente; el productivismo/consumismo nos ha llevado ya más allá de los "límites del crecimiento" (por evocar el planteamiento del famoso informe al Club de Roma publicado en 1972). Pero esta formulación es compatible e incluso necesaria para la vida buena, porque podemos ejercer formas de distracción asumibles, y una vida sustentable no tiene por qué ser aburrida. "El cultivo de la guitarra flamenca o de la investigación matemática basta para colmar una vida humana por completo exenta de aburrimiento; en cambio, intentar vencer al *spleen* por la vía de la conquista del espacio seguramente no es la opción más aconsejable" (p. 368). Debemos romper la ficción de la normalidad, deleitarnos con la belleza de lo próximo, ver lo que "está ahí" sin que nos hubiéramos percatado.

La puerta de la vida buena individual está siempre abierta, la senda de la belleza de lo cotidiano. No sabemos si está también abierta la puerta de la ecología para la mayoría de la sociedad. El tiempo se agota, pero revertir la situación depende de nosotros.